

7285  
8147

TESIS

SERVICIO SOCIAL PENITENCIARIO



Alvarenga, Ser María Eulalia

Sangiani, Azucena

Castagne, María Inés

USAL  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

Institución: Escuela de Servicio Social del Instituto  
de Cultura Religiosa Superior, anexada a  
la Pontificia Universidad Católica Argentina.

## INDICE GENERAL

	Pag.
INTRODUCCION: .....	1
Capítulo I: <u>ANTECEDENTES HISTORICOS</u> .....	2
1.Desarrollo de las doctrinas y reformas penitenciarias ....	2
2.Aplicación en el ámbito internacional y nacional.Métodos..	13
Capítulo II: <u>PERSONALIDAD DEL DELINCUENTE</u> .....	22
1.Importancia de su estudio - Diversas teorías - Enfoque integral .....	22
2.Finalidad del estudio y clasificación del delincuente ....	25
3.Instituto de Clasificación en el Servicio Penitenciario Federal .....	29
Capítulo III: <u>SERVICIO SOCIAL PENITENCIARIO</u> .....	33
1.Servicio Social: Concepto - Generalidades .....	33
2.Servicio Social Penitenciario:Concepto-Objetivo-Planes de actuación-Antecedentes y evolución histórica .....	34
3.Servicio Social en el Servicio Penitenciario Federal .....	55
Capítulo IV: <u>EXPERIENCIA DE CAMPO: INSTITUTO CORRECCIONAL DE MUJERES</u> ....	61
1.Antecedentes históricos e institucionales .....	62
2.Organización y funcionamiento .....	67
3.Servicio Social - Métodos aplicados - .....	75
Capítulo V: <u>CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES</u> .....	101
1.Conclusiones .....	102
2.Recomendaciones .....	104

Índice

Bibliografía

## I N T R O D U C C I O N

Si nos preguntáramos el por qué elegimos este tema, y el hecho de haberlo realizado juntas, tendríamos que decir: que al poco tiempo de iniciar nuestro estudio, pudimos descubrir inquietudes comunes con respecto al problema carcelario, y las posibles actuaciones del Servicio Social en este campo.-Idea que fue madurando, estimulado quizás por el hecho de ser una de las integrantes del grupo, religiosa del Buen Pastor, y por tanto existencialmente comprometida en este quehacer.-

A pesar de contar con los requisitos teóricos, después de nuestra experiencia, creemos que las ideas puramente intelectuales están tan deterioradas, debido a que quedan solamente en los papeles.-Nos propusimos entonces darle un aspecto eminentemente práctico, basadas en las vivencias recogidas en los establecimientos penales y en el trato con sus funcionarios e internos, ya que ello constituye el mejor punto de partida para conocer el ambiente, como también el sujeto de la acción del Asistente Social penitenciario.-

Aunque adolece de imperfecciones y carecerá del empuje y autoridad que puede brindar años de experiencia, materializa nuestras inquietudes y se basa en una voluntad de servicio y en una gran confianza en las posibilidades y virtualidades ilimitadas otorgadas por Dios a todo ser humano.-

## Capítulo I

### ANTECEDENTES      HISTORICOS

#### a) Desarrollo de las doctrinas y reformas penitenciarias.

Si observamos los diferentes pueblos, si contemplamos el pasado o el presente o nos aventuramos a tender una ojeada al porvenir, nunca y por ningún medio encontraremos a un pueblo en el cual algún miembro de esa comunidad no haya cometido alguna acción culpable contra la ordenación de vida de ese pueblo. El delito es, según todas las concepciones, un fenómeno social necesario, ligado ineluctablemente a la vida comunitaria humana, lo mismo que la enfermedad y la muerte en la vida del individuo. Este hecho - el delito-, fenómeno social necesario, pero controlable, ha provocado, provoca y provocará reacciones sociales muy diversas tendientes a reprimir o prevenir su aparición.

Al abordar este tema, considérase importante tratar la evolución observada en el concepto respecto a las prisiones y la pena de prisión. Dicen que hasta el reciente siglo XVIII las prisiones primariamente sirvieron para la detención de las personas que esperaban la decisión final de sus casos por los tribunales o la ejecución de sus sentencias o para la coerción de las personas para el pago de multas o de deudas privadas. Ocasionalmente fueron utilizadas para confinar personas insanas o menores desobedientes, puestos allí a solicitud de sus padres o guardadores. Durante el Imperio Romano, el jurista Ulpiano sostenía que las prisiones existían para la detención y no para el castigo. Este principio fue reiterado muchas veces por los puntos de vista legales de la Edad Media y repetido por Muyart de Vouglans y Daniel Jousse, los principales juristas del siglo XVIII de Francia. Considerando los conceptos de pena como formulados por el derecho criminal, estuvieron sustancialmente acertados. Pero aún si bien condenas directas a prisión como pena pueden haber sido tanto desconocidas como raras, dependiendo del tiempo y lugar, en ocasiones la prisión fue usada, en Francia por ejemplo, cuando una sentencia de muerte era conmutada y siempre cuando en el caso de las mujeres delincuentes una condena a trabajo forzado era conmutada por la prisión. El uso arbitrario de la prisión por gobiernos autocráticos para el confinamiento de gente mal mirada por ellos, fue característico.

Muchos historiadores han pensado que el origen de la prisión punitiva se encuentra en las prisiones monásticas de la Edad Media. Los tribunales eclesiásticos aplicaban el derecho canónico, que no usando las penas capitales, imponía condenas largas, aún perpetuas, a ser cumplidas en esas instituciones.

En el siglo XVI comienzan a aparecer instituciones de tipos especiales. Habían fracasado tentativas para afrontar el creciente problema de la vagancia y de la mendicidad, producido por las desordenadas condiciones económicas y sociales del tiempo. La picota, el látigo, y también la amenaza de la horca, no habían sido provechosas. Entonces, los burgueses de Londres inventaron la casa de corrección, en la que los pícaros y porfiados vagabundos de ambos sexos podrían ser empleados en trabajos útiles. Antes del término del siglo, Amsterdam había creado instituciones similares y separadas para hombres y mujeres proporcionando de este modo modelos para las casas de corrección de muchos países europeos. Estas instituciones, por lo general, fueron diseñadas para tratar a pequeños delinquentes. Quienes habían cometido delitos más graves, todavía fueron exilados, azotados, empicotados, quebrados en la rueda, o colgados. Para controlar el crimen, uniformemente, los códigos penales confiaban principalmente en las penas pecuniarias y corporales o en las penas capitales.

La gran transformación llegó en el siglo XVIII, denominado con frecuencia el siglo de la ilustración. Su fuente estuvo en Francia, donde Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot y los fisiócratas fueron estimulando una creciente oposición nacional al absolutismo en el gobierno por la predicación de la filosofía democrática, que fue a producir la revolución política. El sistema penal había sido uno de los objetos de ataque de esos autores. La manera arbitraria en que los tribunales administraban justicia, la desigualdad de las clases sociales ante la ley y las penas duras y a menudo inhumanas, todo había sido denunciado. El hombre que iba a cristalizar las exigencias de la reforma penal fue el joven italiano Marqués de Beccaria, cuyo ensayo *De los delitos y de las penas* fue publicado en 1764. Como sus mentores franceses, se opuso a las penas capitales y corporales y vio a la prisión como el mejor sustituto. Un código penal democrático aplicaría la misma pena a todos los que cometieran los mismos delitos, ora fueran campesinos o nobles. En lugar de penas arbitrarias, tal código definiría claramente la penalidad para cada delito y no la haría más grave que lo necesario para sobrepujar el beneficio que el delincuente esperaba de su crimen. Qué pena, sino la prisión, podría prestar por sí misma seme-

jantes excelentes graduaciones de severidad, o ser más conveniente para disuadir a gente animada por un anhelo de libertad y que la apreciaba como la más preciosa posesión del hombre?

Las ideas de Beccaria fueron casi literalmente trasladada al primer código penal de Francia, adoptado por la Asamblea Constitucional en 1791. Redujo a pocos los delitos castigados por la muerte, abolió las penas corporales e introdujo la prisión como penalidad para muchos delitos graves.

La misma evolución ocurrió en otros países occidentales, aunque el itinerario no fue siempre el mismo. En los Estados Unidos, después de la Guerra de la Independencia, por ley fueron resueltas restricciones al uso de la pena capital y las penas corporales bastante rápidamente abolidas en los estados del Norte y sustituidas por la prisión. Grandes innovaciones en el gobierno de las prisiones fueron hechas en ese tiempo en los Estados Unidos, desde donde se extendieron a otros países. En Pensilvania, el sistema de administrar la prisión punitiva por el confinamiento separado y solitario, primero en pequeña escala en Walnut Street Prison en la década de 1790 y luego de modo magnífico en Eastern State Penitentiary en 1830, atrajo pocos imitadores en el país pero hizo grandes conquistas en el exterior. En Nueva York, el sistema rival, llamado silencioso, que significó confinamiento solitario por la noche y trabajo congregado durante el día en silencio, fue mejor ejemplificado por las prisiones Auburn y de SING SING y en muchos otros estados las penitenciarías operaron sobre el mismo modelo.

Durante el último siglo y medio la prisión punitiva ha sufrido muchos cambios. Ha sido desarrolladas instituciones especiales para una variedad de clases de delincuentes: jóvenes, primerizos, mentalmente deficientes o anormales, mujeres, etc. Ha sido inventada la libertad bajo palabra y breadas clínicas de diagnóstico e ideado nuevos métodos de tratamiento, tales como la terapia de grupo o el counselling. La tasa de progreso a menudo ha sido baja y esporádica. Los mejores sistemas institucionales de hoy son el producto de los últimos treinta o cuarenta años, que han visto el comienzo del desarrollo de una filosofía correccional bajo el poderoso estímulo de las ciencias de la conducta humana,

Es lamentable que no se tenga aún de una aceptable historia de conjunto sobre el origen y la evolución de la Ciencia penitenciaria. Cuando se dispoga de ella, desaparecerán ciertos puntos sumamente oscuros sobre el hoy controvertido origen del régimen penitenciario. Entonces se podrá evaluar más

correctamente la real importancia que tuvieron en sus génesis y desarrollo corrientes tan contrapuestas como las derivadas del trabajo forzado romano, y de ciertos principios y prácticas del Derecho canónico primitivo, encarnados ya en algunas instituciones correccionales para asociales. En la primera destaca como la característica distintiva su nulo sentido utilitario mientras que en la segunda corriente sobressale la corrección del delincuente como finalidad primordial. El indudable proceso de interacción que se produjo, aún no debidamente esclarecido se aceleró hasta el paroxismo, con notorio desmedro para el sentido correctivo de la prisión, cuando a partir del primer tercio del siglo XIX, sin contarse con la infraestructura indispensable, la legislación penal generalizó la adopción de la pena de prisión. Ese proceso de transculturación prematuro no en pocos casos, sin darse antes ni después las condiciones de vida, explica muchos fracasos y frustraciones de entonces y de ahora. Por eso Thorsten Sellin pudo afirmar más de una vez que " el progreso hacia la modernización de la prisión y su conversión en un órgano correccional ha estado invalidado por los vanos ensayos de soldar juntos en la prisión punitiva dos elementos incompatibles: la explotación de la mano de obra de los reclusos para lucro del Estado y el mejoramiento de los reclusos por medios morales y educativos. He tratado de demostrar - dice en sus "Reflexiones sobre trabajo forzado" - que el primero de esos dos elementos es de origen antiguo y es la prisión punitiva forma de trabajo forzado - ( se refiere a las condenas "ad metalla" - trabajo en las minas - y a "opus metalli". Los condenados en cada uno de esos ejemplos llevaban cadenas, y como "servie poenae", perdían su libertad. Por esta razón la pena era siempre perpetua. Los condenados "ad metalla" llevaban cadenas más pesadas que los sentenciados " in opus metalli". Estas penas fueron correctamente consideradas como condenas a una muerte lenta y dolorosa.

La condemnatis ad opus publicum en la Roma Imperial estaba reservada para la gente humilde, la clase de personae humildes; no fue aplicable a la clase de honestiores, o clase superior. Sus formas más severas privaban al delincuente no sólo de su libertad sino que a causa de esta pérdida era privado de su ciudadanía y reducido al estado de servus poenae o esclavo penal. Por lo tanto, la pena, como el exilio o la pena de muerte, fue clasificada como pena capital y no como prisión punitiva, aunque es obvio que la pérdida de vida era exactamente eso. Las sentencias "ad metalla" fueron interpretadas de manera general para incluir el trabajo forzado, en cadenas, en las canteras, como la de mármol de Carrara, o en las minas de azufre. Si, luego de diez años el escla.

vo penal estaba todavía con vida pero arruinado para trabajar, podría ser entregado a sus parientes para su cuidado.

Observamos que el propósito del trabajo forzado fue desde sus comienzos como hoy, la cruda explotación de la mano de obra de los delincuentes en beneficio del estado; y que se convirtió en un importante y a menudo elemento dominante de la prisión; y que a pesar de todos los esfuerzos por eliminarlo, todavía sobrevive en muchos sistemas penitenciarios de hoy y obstruye su desarrollo hacia verdaderos órganos correccionales.

El hecho cierto es que ya en el primer tercio del siglo XIX se presentan definitivamente organizados dos de los regímenes penitenciarios clásicos: el filadélfico o régimen de la soledad y el aulburniano o régimen del silencio. Con métodos distintos, sin embargo ambos coinciden en edificar la prisión como una sociedad artificial cerrada y encerrada entre las infaltables murallas penitenciarias del siglo XIX, de espaldas a la vida social. A ese vacío social podríamos agregar, sin caer en inútiles patetismos, notas escalofrantes para nuestra sensibilidad, pero perfectamente normales para su tiempo, cuando por ejemplo, el castigo corporal - palmeta - palos ...- formaba parte del aparato disciplinario familiar, escolar y militar.

El problema acerca de las posibilidades y limitaciones de la prisión como medio correccional, crece con el análisis y crítica de los distintos regímenes penitenciarios, para culminar en la extrema conclusión de que el mal no está en ellos; en este, ese o aquel régimen, sino en la prisión en sí misma.

Las reacciones motivadas por las limitaciones inherentes o presumidas en la prisión clásica tienen dos direcciones fundamentales: una destinada a mejorarla y la otra a sustituirla. No deja de ser singularmente curioso el hecho de que, antes de que la prisión convencional hubiera alcanzado su apogeo, en - cuéntense ya manifestaciones de ambas aspiraciones. Pensemos, por ejemplo, en el establecimiento abierto, los permisos de salidas, el régimen de semi-libertad y la libertad condicional, incluidos en la técnica progresiva de Walter Crofton o en la probación, impulsada en Massachusetts en 1841 por aquel modesto fabricante de calzado llamado John Augustus. Poco importa ahora que las experiencias hayan sido intuitivas o sistemáticas, efímeras o duraderas. Lo que vale, como signo de insatisfacción y de superación, es la tendencia a romper el mundo hermético de la prisión convencional, su propósito de reemplazar el secuestro social del delincuente por un proceso resocializador.



Nuestro país no fue de los primeros en implantar un régimen penitenciario definido en América Latina.

Cupo a Brasil el honor de iniciar el movimiento penitenciario en 1834. A ese país le siguieron Chile, Perú, Ecuador y Colombia.

Nuestro atraso en materia de reforma penitenciaria no se debió en modo alguno a desinterés, a falta de inquietud, sino por el contrario fue la gran variedad y cantidad de iniciativas las que dificultaron la acción.

El mismo problema sufrieron las mismas leyes penales, puesto que hasta mucho después de 1853 se continuaban usando las utilizadas durante el período hispánico suprimiendo las crueldades que admitían, pero manteniendo la pena capital.

Hacia entre 1876 y 1882 la mayoría de las provincias, amparadas en el artículo 108 de la Constitución del 53 adoptaron como Código Penal el proyecto de Carlos Tejedor, en el cual se expone la necesidad legal de organizar un verdadero régimen penitenciario.

En 1886 se sanciona el primer Código Penal de la Nación, que rigió con algunas reformas hasta 1922.

Tejedor establece en su código una escala de penas que contempla tres posiciones frente al delincuente según la gravedad del delito:

1) pena de muerte, cuando la gravedad del delito hace reclamar "el último suplicio".

2) pena de presidio: cuando el delincuente no tiene probabilidades de corrección, de manera tal que la pena, en ese caso, no cumpliría otra misión que la meramente punitiva y preventiva.

3) la pena de penitenciaria, en la cual el régimen penitenciario, con sus posibilidades correctivas, se pone al servicio del condenado para su posible mejoramiento.

La organización del régimen penitenciario de nuestro país pudo concretarse en mayo de 1877, fecha en que fue rehabilitada la Penitenciaría de la ciudad de Buenos Aires al mismo tiempo que se aplicaba como Código Penal provincial el proyecto de Tejedor.

Podemos considerar ese momento, como el punto de partida del Régimen Penitenciario en nuestro país, pese a los intentos anteriores.

La penitenciaría fue organizada de acuerdo a los principios básicos del régimen auburniano, llamado a veces celular mixto o régimen del silencio.

Por medio de ese régimen, se intentó una separación total entre los condenados para ~~peñar~~ impedir las posibilidades de corrupción y al mismo tiempo favorecer - por introspección su arrepentimiento y enmienda.

El régimen de la Penitenciaría entre 1877 y 1904 se vió turbado por distintos motivos: por una parte la transferencia del establecimiento de la provincia de Buenos Aires al gobierno de la Nación, las convulsiones políticas del país y luego la ineptitud de algunos directores. Por otra, la presencia de internos de las más heterogéneas categorías jurídicas.

En 1904 fue designado Director de la Penitenciaría Nacional el Sr. Ballvé. Por considerar que este extraordinario penalista sentó las bases de todo sistema penitenciario moderno, consideraremos su teoría.

Para Ballvé, el ideal del sistema penitenciario consiste en la "regeneración moral del delincuente" y debe fundarse en tres elementos principales, sin exclusión de otro procedimiento correccional o curativo que pueda ayudar a alcanzar ese propósito. Ellos son: régimen disciplinario; instrucción educativa; el trabajo.

Todos estos elementos, aunque se relacionan entre sí, llegan por separado al fin propuesto;

Ballvé admitió la concepción unitaria del tratamiento penitenciario, es decir, el empleo de todos los medios simultáneamente.

El régimen disciplinario consiste en el "acatamiento por parte del sancionado, de las normas de conducta legalmente establecidas que le son impuestas".

Debe ser severo, pero humano. No debe ser excesivo ni arbitrario y debe estar basado en la más estricta justicia.

El principio de severidad consiste en el acatamiento por parte del interno, de las disposiciones reglamentarias. Ballvé considera que para lograr la observancia de esas normas de conductas debe usarse la persuasión, el consejo, el decir, procedimientos individuales que logren la buena conducta por propio convencimiento.

Pero esto sólo se consigue cuando el personal encargado de ponerlo en práctica, gana la confianza del interno procediendo en todo momento con absoluta corrección disciplinaria y la más estricta justicia.

A menudo se ha considerado que toda modificación en el régimen penitenciario trae consecuencias perniciosas en el mantenimiento de la disciplina. En realidad puede ocurrir que durante el período de transición entre dos regímenes penitenciarios se produzcan perturbaciones funcionales; pero entonces habrá que analizar si esas perturbaciones no se deben a la falta de comprensión de los nuevos objetivos a alcanzar, tanto por parte del personal como de los internos.

Si previo al cambio real se produce cambio mental en el personal y la población penal, las modificaciones del régimen penitenciario no pueden acarrear problemas de debilidad disciplinaria. Ballvé consideraba a la disciplina como fac-

ter indispensable para cumplir la misión penitenciaria.

El segundo de los elementos considerados esenciales en todo régimen penitenciario es la instrucción educativa, integrada principalmente por la Escuela Penitenciaria y los servicios del culto religioso. La instrucción escolar debe ser obligatoria; la asistencia espiritual, en cambio, debe ser voluntaria.

El tercer factor considerado es el trabajo; debe ser obligatorio, no sólo porque es ley natural para todo hombre sino porque sería injusto que el penado, que ha agraviado a la sociedad, deba vivir a expensas de ella. El trabajo penitenciario debe ser: productivo, apropiado a cada condición personal del penado, enseñar o perfeccionar un oficio y retributivo.

El problema que constantemente dificultó la ejecución de un régimen penitenciario eficaz, fue sin duda alguna la carencia de cárceles adecuadas en número y en arquitectura.

O'Connor, primer Director General de Institutos Penales lo mismo que Paz Anchorena, entre de nuestros directores, entendieron la magnitud de ese problema y se abocaron de lleno a la tarea de activar las construcciones carcelarias.

En 1941 fue creado el Instituto de Detención de la Capital Federal (U.2) destinado para el alojamiento de contraventores; ocupa un terreno de aproximadamente cuatro manzanas, circundadas por las calles Bermúdez, Desaguadero, Lozano y Nogoyá en esta capital. En ese mismo año de la creación, alojé procesados.

Comprende 4 cuerpos de edificio, 3 de alojamiento en común, comprende planta baja y tres pisos. Uno en planta baja y cinco pisos en celdas individuales. Su capacidad de alojamiento es de 850 internos.

El Instituto Correccional de Mujeres (U.3), ocupa un antiguo edificio sito en Humberto Primo 378 de esta capital, data de la época de la colonia y que pertenecía a la Compañía de Jesús, no respondiendo a su faz edilicia a ningún tipo clásico de arquitectura penitenciaria, por cuanto éste no fue su destino. Desde el año 1890, por convenio entre la Nación y la Congregación Religiosa del Buen Pastor, entidad de carácter mundial que se dedica casi con exclusividad a la atención de cárceles de mujeres, rigen sus destinos religiosos de dicha Congregación y personal penitenciario.

Aloja mujeres mayores de dieciocho años, condenadas por cualquier tribunal de las provincias en las que la Dirección Nacional se encuentra a cargo del Servicio Penitenciario.

Por Resolución del 22 de noviembre de 1968, se inauguró oficialmente el Hogar XXIII, como anexo a la U.3 destinado a Guardería infantil para los hijos de internas; alojamiento de internas que se encuentren en la faz de confianza del tratamiento y en el período de prueba de la Ley Penitenciaria Nacional con el Código Penal, y albergue transitorio de internas egresadas del mismo.